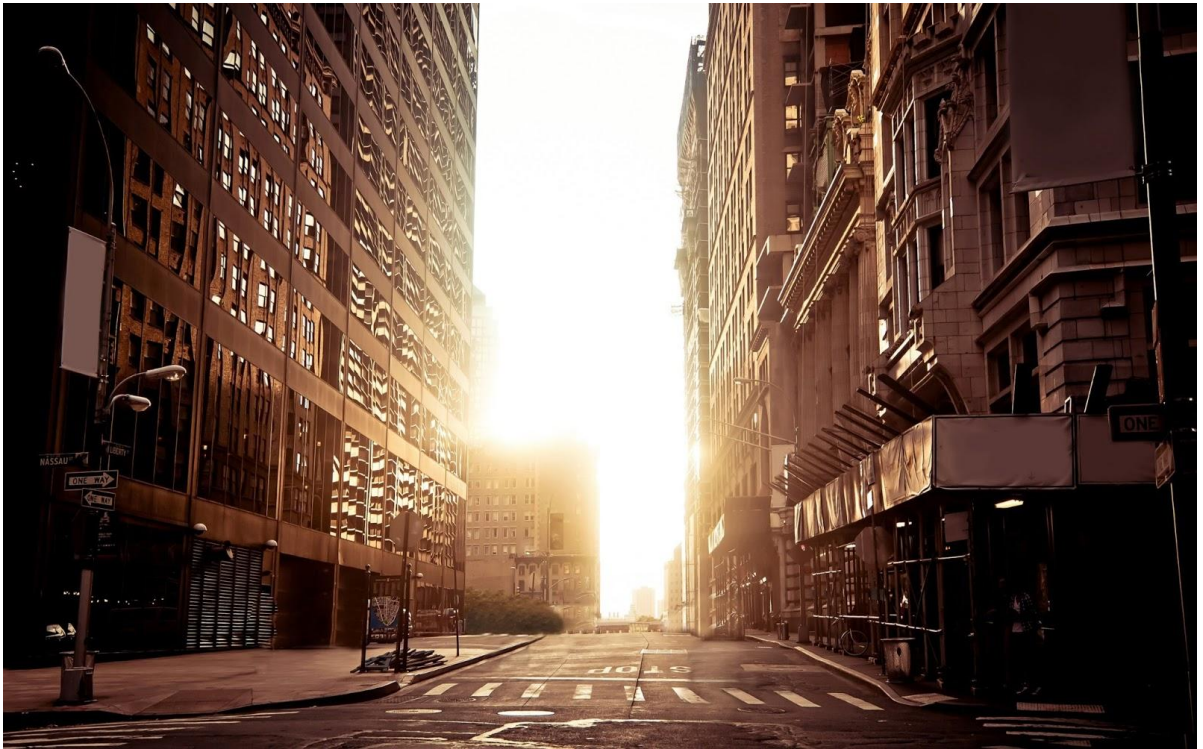


ATRAPADO



PRÓLOGO

Cuando abrió los ojos fue como aparecer desde la oscuridad; un fundido a negro pero al revés. Estaba aún lleno de zozobra ante lo que podría encontrar. Miró hacia ambos lados y reconoció la familiar estructura blanca y azul del tren, y al mirar hacia adelante se sintió aliviado al ver ocupados algunos asientos. Una señora entrada en años lo miró de forma despectiva y él recibió eso como una bendición. Aún sentía el cuerpo adolorido, y se tocó suavemente el labio inferior y comprobó que seguía hinchado; no pudo evitar pasarse la lengua y sentir el metálico sabor. No había pasado nada; todo había sido una terrible pesadilla. Se recostó en el asiento y echó la cabeza hacia atrás, mas volvió a incorporarse al recordar lo que sucedió la última vez que hizo aquello; no! Seguiría despierto hasta el final del recorrido, y bajaría en la estación que fuera si bajaba el último pasajero. Se levantó de la butaca y se acercó a cualquiera.

-disculpe, que es esta estación?- no intentó disimular su acento, aunque no usarlo ya era casi natural.

-se encuentra bien?- preguntó la chica, quien se tomó para sí la inquietud de Chris.

-este... Sí, cuánto falta para la estación terminal?-

-oh! La próxima es la última.-

-muchas gracias, señorita.- dijo con una ligera inclinación y volvió renqueando un poco a su asiento. Era muy raro haber tenido un sueño tan real, pero en fin, había escuchado eso infinidad de veces; tenía que pasar ciertamente. Lo que tenía que hacer era poner en orden sus ideas y solucionar el problema.

El tren al fin se detuvo en la estación terminal, y Chris bajó junto a un centenar de personas hacia los molinetes del andén. Allá afuera estaba la terminal de buses y esperaban clientes varias decenas de taxis. Cogería uno; con la ayuda de algún policía si su aspecto le impidiera hacerlo de forma normal. Por los momentos no podía hacer nada, llegar a casa era el primer paso; se daría un baño y comería algo... "espera un segundo..." sé dijo, y detuvo su andar cuando reparó en el sonido de papel plástico que se retorció con cada paso que daba. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó con un ligero temblor lo que se suponía que no debía estar allí de ninguna forma: una barra a medio comer de algún alimento cuyo roto envoltorio blanco no decía absolutamente nada. Y fue mirando ese extraño comestible salido de nadie sabe donde que se dio cuenta de dos cosas importantes: no llevaba consigo su saco de vestir ni su portafolios. Rápidamente se llevó una mano al bolsillo de la camisa donde descansaba silencioso su teléfono móvil. Miró la oscura pantalla sin tocar ningún botón y entonces, como para demostrarle que el mundo no se detiene aunque el se quede como un tonto mirando la

pantalla de su celular, esta se encendió de pronto; como alguien que sale abruptamente de un estado de inconsciencia. Con el rostro petrificado en una auténtica expresión de asombro Chris meditaba sobre el nuevo estado que mostraba su móvil: en medio del fondo de pantalla en el que aparecía él al lado de Steph en un bonito parque, y justo debajo del gadget que marcaba la hora exacta proporcionado por el servicio meteorológico, una notificación de la asistente virtual integrada:

HOLA, CHRIS.

Ese era un viernes cualquiera, un día normal, de rutina, cuatro días después de una semana agotadora. Chris se levantó temprano, como siempre, se duchó, eligió uno de los trajes para ir a trabajar, se despidió de su mujer con un beso y se marchó. Cogió su portafolios del estudio, no tenía necesidad de revisarlo, todo estaba meticulosamente dispuesto desde la noche anterior, la cual durmió sin temores a dejar algo olvidado. En el ascensor se arregló la corbata, tenía tres pisos de tiempo para ello. Salió del atrio y caminó hasta su coche, que estaba aparcado en el lugar que pagaba todos los meses junto al condominio. Como siempre, el bmw encendió de un sólo toque leve en el contacto, y su motor de alta gama apenas hizo un ruido. Encendió un cigarrillo electrónico y luego puso la radio; a bajo volumen, sólo para escuchar la voz de alguien dentro del coche.

-hola Avi.- dijo Chris con voz audible.

-hola, Chris- respondió la voz de una mujer que parecía provenir de una lejana dimensión digital. -a donde iremos hoy? -

-sólo al trabajo, nena.-

-de acuerdo, calculado ruta... Estableciendo parámetros de navegación... Listo.- el proceso sólo duró un segundo. Avi, cuyo nombre era la contracción de Asistente Virtual Integrada, había sido desde hacía tiempo su agenda preferida; claro que existían muchos otros asistentes virtuales, pero Eva le ofrecía las mismas prestaciones de Google maps y Siri, y además contaba con una voz sensual. -dirígete a la izquierda en el cruce con Sarmiento.-

-cómo tú digas.- replicó al ver que no era, en apariencia, la mejor decisión; pero él ya había aprendido a confiar en Avi.

-llegarás en una hora y quince minutos.-

Una hora y quince minutos más tarde estaba Chris Parker estacionando el coche en el sitio que tenía asignado. El elegante edificio se alzaba compitiendo contra otros más altos, como si quisieran respirar el aire más fresco que ofrecían las alturas despejadas. Desde el principio no había querido viajar a Buenos Aires; y no es que tuviera algo en contra del país, pero le agradaba muy poco la idea de viajar tan lejos y por tanto tiempo. La compañía para la que trabajaba, sin embargo, no contaba con mucho personal que dominara el español, así que en una especie de sorteo de pajillas, a él le tocó la más corta; o la más larga, según se mire. La cosa no había ido mal, y antes de lo que esperaba, le compró un pasaje de avión a su esposa y la hizo abordar el primer avión que partiera de Chicago a Buenos Aires. Ella compró en el camino un diccionario básico de inglés-español, español-inglés, y cuando la recibió su flamante esposo en el aeropuerto pudo saludarle con un poco fluido pero muy bonito "hola mi amor! Como estás?" a lo que él

respondió con un muy bien, nena!. Aún recordaba eso mientras subía en el ascensor hasta su oficina del piso 9.

-Transfiriendo lista de tareas a los dispositivos- saltó la voz de la incorpórea mujer desde un altavoz disimulado en algún rincón de la oficina; el sistema integrado se conectó a todos los aparatos que pudo apenas Chris abrió la puerta y la aplicación, también instalada en su teléfono, los detectó. Cuando el proceso de entrar y cerrar la puerta acabó, un monitor ultra plano en su escritorio brillaba de vida iniciando el proceso de carga del sistema operativo al tiempo que las luces del techo se encendían junto a una pantalla de 42 pulgadas emplazada en un stand en la pared, programada en el canal de noticias bursátiles.

-gracias Avi. Eres genial!-

-lo sé, Chris.- repuso la voz, sin ninguna emoción. Se acomodó en su sillón ejecutivo y cogió el ratón inalámbrico para acceder al mundo digital; el programa de gestión estaba abierto ya y sólo tuvo que hacer unas pocas modificaciones. Frente a él, en la pantalla del televisor, la programación había terminado.

-avi, pon otro canal, por favor.-

-ok, Chris... Eligiendo canal al azar.- eso evitaba la rutina de preguntar cuál canal y la respuesta de "elige cualquiera" si Chris no especificaba uno, Avi elegiría uno de forma aleatoria.

La voz de Avi rompió la quietud y atenuó el volumen del jazz clásico que sonaba en los parlantes.

-tienes una llamada, Chris. Es el gerente de producción de HTI.-

-muy bien, pásame la llamada.-

Un segundo y medio después, la conexión de larga distancia se efectuó.

-hello Chris! Hoy is it going?- la voz cordial de Lawrence podía aplacar el temperamento de cualquiera.

-well, you know, trying to be a little bit more rich!-

-that's good job, dude, well. To our business, this call is getting to expensive, you know?-

-yah, come on, spit it out.-

La conversación duró un poco más de lo habitual, y en términos generales hablaron de su situación actual, la cual estaba costando sólo un poco menos de lo que producía, y eso significaba que tendría que fabricar un proyecto nuevo para ayer, y para eso necesitaba una idea original, cosa bastante difícil. Mencionó los cuatro trabajos que estaban siendo montados en ese mismo momento bajo su dirección, pero Lawrence era un tipo de números y formularios, y ellos le decían que para cubrir aquellos agujeros, debía poner un proyecto más antes de finalizar el mes, lo cual no significaba mayor

problema, el meollo del asunto radicaba en que los números no encajaban, básicamente no había presupuesto para iniciar otro proyecto con lo que le habían asignado, lo que se traducía, y siempre entre líneas que Lawrence no admitiría nunca, en que Chris financiara de su propio bolsillo el proyecto; o el inicio, al menos, sin ninguna garantía, lo que resultaba en un inmenso dolor de cabeza.

Salió de la oficina a las cinco de la tarde, la temperatura había bajado y Avi le indicó que seguiría bajando a medida que llegara la noche. Bajó hasta el estacionamiento subterráneo y se metió en su sedán, no podía dar por terminada la jornada de trabajo; nunca lo hacía, y en la hora que le tomaba llegar a casa podía poner en funcionamiento su cerebro. Pudo haber rentado un departamento más cerca de la oficina, pero una de las cosas que le gustaba hacer era conducir su bmw, así que si iba a trabajar, prefería estar cómodo. El coche dejó el edificio cuando el sol aún brillaba escondido tras los altos edificios de la bulliciosa ciudad. Era la hora pico y el tráfico sería lento, después de todo, sabía que podía contar con Avi para que lo sacara de algún atasco, pero por ahora prefería no activarla, aunque los micrófonos estaban en continuo funcionamiento, escuchando todo lo que él decía. Colocó música en el reproductor y condujo por la amplia avenida tamborileando con los dedos al ritmo del jazz.

-hola amor!- anunció Chris mientras pasaba el pestillo a la puerta.

-hola cielo- contestó la voz de Steph. Al volverse, la vista le alegró lo que quedaba de día: una delgada belleza rubia salió a recibirlo vistiendo sólo un camisón que le llegaba a las rodillas. Le rodeó el cuello con los brazos y le besó; primero con ternura, luego un poco más fogosa. Él se relajó y dejó el maletín en el suelo.

-y qué tal el trabajo?- preguntó Steph, separándose de él sólo un poco.

-aburrido, como siempre.- respondió él, quitándose la corbata y besándola una vez más. Una mano acarició el camisón y encontró la ausencia de brassier, lo que le hizo detenerse un rato más ahí.

-y hoy también trajiste el trabajo a casa?- él ya no estaba escuchándola; ella lo sabía, pero le encantaba ponerlo así. Comenzó a desabrocharle el pantalón. Él la atrajo hacia sí y la besó con más fuerza... Eso sí que era una buena forma de volver a casa.

-ahora sí puedes contarme cómo te fue en el trabajo, cielo.- le dijo ella apoyada en un codo, dejando su largo cabello caer sobre el pecho de Chris.

-podría, pero mejor cuéntame qué hiciste tú. Seguro que es más entretenido.-

-bueno, sin descuidar a mis clientes de Chicago, logré captar dos más acá, no fue muy difícil, la verdad.-

-con tu reputación, ya lo creo!- convino él, acariciando su cabello distraídamente. Ella se acurrucó junto a él. Se quedaron en silencio. Chris notó que la respiración de Steph se hacía más pesada; se había dormido. Él cerró los ojos y pronto cayó también en un sueño profundo.

El amanecer les dio la bienvenida. Ella se desperezó con un ruidito, él enredó las manos en su cabello; le encantaba su pelo. No iba a la oficina los fines de semana, lo que no significaba que dejaría de trabajar, cosa que a Steph no le agradaba mucho, pero ya había aprendido a llevarlo. Se apretó contra él y enseguida notó cómo reaccionaba, a ella le encantaba eso. Comenzó a acariciar su pecho y continuó hacia su abdomen, luego un poco más abajo encontró lo que buscaba. No había nada mejor que una sesión de intimidad para iniciar el día. Chris se levantó y se metió al cuarto de baño, ella lo siguió con los ojos. Cogió el teléfono celular justo cuando el agua comenzó a sonar débilmente. Revisar las redes sociales era una rutina matutina que poco a poco fue instalándose en la vida de todos. Chris también lo hacía, aunque el parte noticioso pasaba frente a sus ojos en la pantalla de la tv en su dormitorio o en la sala, y si estaba en la oficina, Avi podía leer los titulares y relatar la que él eligiera como importante, en casa, sin embargo, Avi debería permanecer en silencio. Al principio debía estar completamente desconectada, pero en una era digital, eso era prácticamente imposible de

lograr. Para cuando él regresó, ella yacía boca abajo, perezosa y sólo un poco cubierta.

-iré a preparar el desayuno mientras te arreglas.- le dijo él, iba secándose el pelo y pasó completamente desnudo hasta el armario. Ella no tenía ganas de salir, pero habían acordado ir a esa reunión por la tarde. Se revolvió con más pereza, él no le prestó atención y comenzó a vestirse.

-no podemos dejarlo para un día de semana?- protestó.

-nada me gustaría más, cariño.- ya se había vestido y salió de la habitación.

Ella estaba bellísima, a Chris le gustaba que ella lo acompañase a cualquier parte, pero cuando se trataba de negocios, le gustaba aún más. Sus clientes no paraban de mirarla y sus ofertas o demandas perdían aunque fuera un poco del tino que solían tener. Sólo una vez, estando en una oficina de cierto agente en el barrio llamado Recoleta, vio con sorpresa y cierto grado de frustración, cómo los encantos de Steph pasaban desapercibidos ante el hombre, que resultó ser homosexual y se sintió un tanto disgustado de que el apuesto proveedor fuera casado. Pero al final, fuera por los encantos de ella o por los de él, la negociación se llevó a cabo con éxito. A Steph, por su parte, no le importaba demasiado que su marido la usara como un amuleto de buena suerte o un arma de disuasión, y bien que lo demostraba pintando sus labios de rojo carmín mientras subían en el ascensor hasta la oficina del potencial cliente.

Las puertas del ascensor se abrieron, y un vestíbulo lujoso los condujo hasta la oficina del gerente de la compañía. Nunca le gustó formarse expectativas muy optimistas respecto a las personas que aún no conocía, pero tampoco iba a todas partes con los puños en alto y esperando ser atacado de agua fría; él prefería una primera impresión antes de juzgar. De antemano sabía que los lobos siempre vestían de traje, lo que restaba era averiguar qué tan largos eran los dientes.

Con un apretón de manos se despidieron. El gerente de Edesoft les acompañó hasta la salida del edificio.

-gracias por haber venido.- dijo el hombre a la pareja. -recuerde llamar lo antes posible.-

-no se preocupe, señor. Revisaré la información apenas llegue.- estrechó la mano de la mujer y luego los vio alejarse hasta el coche. Al quedar fuera del campo de visión, se volvió hacia el ascensor. Una vez dentro, sacó su móvil e hizo una llamada.

-jefe.- contestó la voz gruesa.

-ya entregué el Pendrive, haz tu magia.-

-ahora mismo, jefe.-

La comunicación se cortó justo cuando el sonido del ascensor le indicó que había llegado al piso indicado.

A ciento diez kilómetros por hora, el bmw plateado que circulaba por la autopista junto con decenas de otros coches, era seguido no tan cerca por otro coche que podría ser cualquiera, excepto por que dentro había un hombre de tez morena y barba que miraba un GPS, y este graficaba en la pantalla un mapa vial en el que dos puntos, uno azul y otro rojo, pulsaban con regular intermitencia. Otro hombre iba sentado detrás con un complejo equipo informático, usaba gafas con montura de pasta y tenía el aspecto típico de rata de laboratorio con el pelo despeinado y rastros de vello facial.

-lo conectaste, Ed?- preguntó el conductor. La voz gruesa del hombre intimidaba igual que su tamaño.

-no, hombre! Ya te dije que tengo que esperar que el tío use el dispositivo.-

-pero te veo tecleando como loco ahí!- replicó.

-bueno y qué quieres que haga mientras tanto? Tranquilo! En lo que el tío introduzca el pendrive recibiré la notificación.-

-y qué crees que contiene ese pendrive, Chris?- La voz de Steph sacó a Chris de sus pensamientos; parecía que el automóvil se conducía a si mismo. No conocía mucho de tecnología, y por lo que había visto hacer a Avi, podría también estar conduciendo el condenado coche, y sabía que Chris no le diría semejante cosa.

-no lo sé, cariño, pero lo averiguaré al llegar a casa.-

-pero el hombre dijo que podíamos revisarlo en el camino, para ahorrar tiempo.-

-pudimos haberlo hecho en la oficina.- Chris hizo una pausa. Ya le había explicado a Steph varias veces los riesgos que entrañaba el manejo de la información digital. -en estos tiempos hay mucho espionaje empresarial, amor, y siempre hay un idiota que pone códigos maliciosos en manos de nosotros para

que conectemos nuestra información y averiguar cosas. De hecho, no puedo evitar pensar que ese pendrive podría tener instalado un emisor de señal y alguien pueda estar siguiéndonos, o vigilándonos desde algún sitio-

-y no puede ser que estés exagerando? -

-yo espero estar exagerando.-

y en casa puedes averiguar de qué se trata sin riesgos.-

-exacto!- le felicitó por la deducción. Ella le tomó la mano, él disminuyó un poco la velocidad al salir de la autopista.

-y cuéntame, cómo lo harás?- preguntó ella

-cómo haré qué? -

-averiguar sin riesgo lo que contiene el usb... tienes una especie de scan o antivirus? -

-sí, así es.- respondió él, le gustaba explicarle esas cosas a ella, aunque sabía que no podía profundizar mucho. -primero activaré un Vpn para ocultar mi ubicación, luego instalaré un cortafuegos desechable...-

-tanto por un simple usb? -

-tienes razón, cariño, con desconectar el ordenador de la red será suficiente. Si el chisme tiene un transpondedor, lo más que pueden hacer es saber dónde estamos, si es q la ubicación de esto coincide con la nuestra.- dijo, levantando el pequeño dispositivo entre los dedos.

Lejos y cerca al mismo tiempo, en un mundo digital tan real como la vida misma, una silenciosa Avi enviaba una notificación a Chris, avisándole que detectó una señal externa en un radio de pocos metros que solicitó permiso para acceder a la red, el permiso fue denegado, claro, pero eso era todo lo que él intruso necesitaba. Ahora la notificación aguardaba en el bolsillo de un pantalón, en el GPS del coche puesto en estado de hibernación, en el ordenador de su casa y en cualquier dispositivo remoto al que tuviera acceso, la orden a ejecutar.

-conectado!- exclamó con júbilo el joven programador, llevaba toda la noche apretujado en el asiento trasero del coche rodeado de cables, antenas y un tres monitores pequeños.

-bien, entonces podemos irnos ya?- preguntó el conductor, también cansado de no hacer nada mientras esperaba que el nerd de allá atrás hablara. No conocía muchos informáticos, pero le parecía que todos vivían en una especie de burbuja aislada del resto del mundo, y sólo salían de ella para comunicar algo importante a la gente normal, como acababa de suceder.

-sí sí, arranca ya...- dijo mientras revelaba afanosamente. -despacio, por favor.- agregó, presintiendo que el matón de segunda que iba al volante quizás pretendiera salir haciendo sonar los neumáticos; y no estaban precisamente en un show de Hollywood. El coche encendió las luces y salió despacio de la zona, dentro, la señal roja de la pantalla gráfica desapareció, pero ya no tenía importancia.

Horas antes, mientras el día aún clareaba, Chris entraba al estacionamiento del edificio a través de la verja eléctrica sin percatarse del coche vulgar y corriente que pasaba tras él como cualquier conductor, y que se estacionaría justo frente a la fachada en la que se veía su balcón desde abajo. Chris y Steph bajaron del coche y se dirigieron a su piso, donde se olvidarían por un buen rato del trabajo y del dichoso usb que ahora llevaba ella en su bolso.

-cariño, donde está el pendrive?- preguntó Chris levantándose de la cama, eran casi las once de la noche cuando el gusano de la curiosidad comenzó a picarle y decidió echarle un vistazo a lo que con tanta urgencia le habían pedido que revisara.

-en mi bolso, amor, en el bolsillo pequeño.- Chris cogió el bolso y lo abrió; no sabía para qué lo hacía, nunca lograba encontrar nada ahí, el pequeño bolso de Steph parecía un agujero negro en el que podría encontrar desde un bolígrafo hasta un taladro de mano. Se acercó hasta la cama y lo dejó allí mientras se ponía un jogging y sus pantuflas. Cuando se volvió, Steph tenía el pequeño aparato en una mano.

-gracias, cielo.- dijo, cogió el aparatito, su teléfono móvil y se fue al estudio. Las luces estaban programadas para encenderse de forma automática al abrirse la puerta, y el ordenador para salir del estado de hibernación. Dejó el pendrive en el escritorio mientras se sentaba frente a la pantalla que terminaba de cargar el sistema y depurar la memoria de acceso aleatorio.

-hola Avi.- dijo a la habitación vacía.

-hola, Chris.- respondió la voz femenina. -tienes varias notificaciones por revisar.-

-lo sé, alguna referente a intentos de intrusión? -

-todas referentes a intentos de intrusión.-

-muy bien, necesito que estés fuera de línea y te desconectes de todos los dispositivos.-

-introduzca contraseña de desconexión.- Chris podría jurar que sintió disgusto en la voz de Avi, aunque sonaba absurdo. Un teclado apareció en la pantalla táctil; esa contraseña no podía ser introducida con el teclado físico; Avi tenía que reconocer, además, la huella de quien solicitaba su desconexión. Chris tecleo.

-preparando desconexión, apagando antenas... Hasta pronto.-

-listo- dijo Chris en voz baja, hablando ahora consigo mismo mientras se levantaba de la silla y se agachaba detrás del escritorio para acceder al modem. Desconectó el cable amarillo que lo conectaba con la red mundial. Tuvo la sensación de que un ruido inaudible había dejado de sonar, podía incluso apostar a que su voz producía un eco. "Ahora, manos a la obra" pensó mientras cogía el pendrive y lo insertaba en el puerto más cercano, el programa automático lo inspeccionó, encontrando un archivo malicioso. "vamos! Son mejores que eso." aisló el archivo y continuó de forma manual hasta que, veinte minutos después, encontró lo que estaba buscando.

Como un virólogo que trata con un espécimen peligroso, Chris desconectó el pequeño usb y lo guardó en un estuche, el cual dejó sobre el escritorio. Se levantó y salió del estudio. No conectaría el cable de red hasta mañana, así que podía irse a la cama tranquilo. Las modificaciones que hizo a los archivos del pendrive lo habían convertido en una especie de bomba digital. Eso era lo que pasaba cuando algún tonto intentaba espiar a los expertos.

En la mesita de noche a un lado de la cama, el teléfono móvil de Chris recibió una notificación silenciosa. El sistema operativo tenía configurada la red de datos móviles con un temporizador de búsqueda, para evitar permanecer desconectado por demasiado tiempo, por si sucedía algún imprevisto. Lo que tal vez el cansancio y el sueño le impidieron prever era que el imprevisto era precisamente desactivar el temporizador.

Esa mañana Chris ya tenía todo planeado. Se puso ropa deportiva y salió de la casa, no sin antes despedirse de Steph y coger su teléfono celular de la mesita, y el pendrive del escritorio. Bajó hasta el estacionamiento, entró en su coche y salió. Había poco tráfico y aceleró un poco más para sortear rápido el primer tramo antes de entrar a la zona con tránsito más denso. De forma rutinaria tocó la pantalla del GPS, el cual cargó el mapa de forma inmediata, la voz de Avi salió de los altavoces del coche, haciendo que Chris abriera los ojos con sorpresa al pensar de pronto que eso no debería estar pasando. Entonces recordó: "el temporizador" maldijo en voz baja y desaceleró un poco para coger su teléfono y chequear, aunque sabía exactamente lo que iba a encontrar.

Se recordó a sí mismo que las máquinas no podían fallar, así que no tenía sentido enfadarse con ellas, aunque en ese momento le provocaba echar por la ventana el teléfono, al menos; y lo haría si el software pudiera sentir. Por otro lado, se sentiría como una mierda cuando aceptara que la culpa era completamente suya. En fin, no había tiempo que perder. Avi había estado en línea cerca de nueve o diez horas, lapso más que suficiente para que hackers expertos desmontaran cualquier sistema de seguridad; cualquiera que no hubiera diseñado él, claro; Avi contaba con ingeniería de punta en software y hardware a prueba de intrusiones, pero como todos los sistemas, tiene sus puntos vulnerables, el meollo del asunto consistía en ocultar lo mejor posible esos puntos, o disfrazarlos de puntos fuertes, alternativa que le agradaba más. Contaba con que las murallas externas hubieran mantenido a raya a los invasores por el tiempo suficiente, así, diez horas de tiempo en línea se reducen a, al menos, la mitad en intentos de burlar los filtros.

-Avi, estás ahí? -

-hola, Chris, aquí estoy.- la voz de Avi sonaba extraña, aunque cualquier otro diría que estaba imaginando cosas.

-necesito que desconectes todos los discos duros de todos los dispositivos vinculados, código: aislamiento.-

-ingrese contraseña para protocolo de aislamiento.- en la pantalla instalada en el tablero, un teclado táctil apareció. Chris tecleó una rápida sucesión de dígitos. Luego de unos segundos, la voz de Avi anunció:

-código aislamiento activado.- la pantalla del tablero del coche oscureció, y un pequeño círculo comenzó a moverse en el centro. Luego, sólo un cuadro de diálogo apareció con las palabras:

AISLAMIENTO COMPLETADO.

Llevaba los puños apretados mientras subía el ascensor; por fortuna, el usb era demasiado pequeño para romperse bajo la presión que hacía. No había ensayado muy bien lo que iba a decirle. Desde que bajó del coche hasta ahora, había pensado en hablarle con violencia y hasta vio una escena en la que llegaban a los golpes, pero ahora estaba más calmado y hasta pensó en hacerse el tonto y simplemente despedirse con un apretón de manos, dejaría el pendrive en el escritorio del tipo y se iría. Si el hombre conectaba el aparato en cualquier terminal, lo que era bastante improbable, su propio programa de intrusión haría el mismo proceso que hizo con él. Y si en lugar de conectarlo, lo tiraba, una pequeña antena wi-fi previamente instalada en la placa del usb estaría, incluso desde ahora, buscando el patrón de encriptación de aquella zona. Había pensado mejor en esconderlo de alguna forma en algún lugar de la oficina, como en una esquina o debajo del cojín de la silla, para evitar que lo sacaran de aquella oficina y el programa pudiera completar el proceso que, a pesar de todo lo que dice la pantalla hollywoodense, dura bastante tiempo, incluso meses, si las barreras de seguridad están bien construidas. Aún con el pensamiento de batirse a puños y, en medio de la refriega, esconder el dispositivo en algún lugar, sintió cómo se detenía el ascensor, y entonces, cuando las puertas se abrieron, lo que vio a continuación fue muy extraño.

Avanzó por el silencioso pasillo. La recepcionista o secretaria que lo recibió la vez que fue, no estaba, pero no sólo era extraña la ausencia de la muchacha, sino de todo lo demás, parecía que nunca hubiera estado alguien allí. Eso comenzó a darle mala espina, pero la cosa se puso peor cuando llegó a la puerta de la oficina y esta estaba entreabierta, y dentro no se escuchaba ni siquiera el zumbido del aire acondicionado. Entró y lo que observó fue un espacio vacío, no había rastro de que alguna vez estuviera instalada ahí una oficina. Todo había sido removido como si fuera un papel tapiz puesto sin pegamento siquiera. Se acercó a una pared y deslizó las manos por esta, sintiéndola muy suave, no había rastro de pintura o alguna veta de color. No podía entender qué diablos estaba pasando, lo que sí sabía era que tenía que salir de allí inmediatamente y averiguar de qué iba la cosa. Salió de aquella oficina vacía y entró en el ascensor, pulsó el botón PB y esperó a que las puertas se abrieran de nuevo. Salió de ahí como una exhalación, mas cuando llegó a la puerta principal se detuvo. Se volvió y se acercó al escritorio de recepción, donde una agradable chica atendía a algún cliente.

–hola! En qué puedo ayudarle?– preguntó la chica cuando el otro cliente se marchó.

–sí, gracias.– titubeó un poco, no sabía muy bien qué preguntar. –la oficina de la última planta, sabe?–

–sí, dígame.–

-está vacía... Pero hace unos días...-

-se refiere a la sala de ensayos?-

-supongo...-

-es una estructura desmontable, señor. Se usa por un tiempo determinado. Si usted necesita alquilar el espacio por un tiempo menor al que se hace de forma regular, digamos un día o una semana, se le proporciona la estructura que requiere y listo.-

-estructura desmontable...- repitió él, pensativo y sintiéndose estúpido.

-sí, señor, desea alquilar un cubículo?-

-eh, sí, eventualmente pasaré por aquí y le hablaré al respecto.- dijo al fin, alejándose.

-lo atenderemos con gusto, señor.- dijo la muchacha, extendiendo una tarjeta con los datos impresos. Él la cogió y se marchó. Fuera, la temperatura había disminuido, aunque el sol brillaba con intensidad, y se apresuró en llegar al coche, no le quedaba más que volver a casa e intentar averiguar qué estaba sucediendo y quién estaba intentando robarle y qué.

Mateo, Marcos y Martín; tres truhanes que caminaban distraídamente por el medio de la calle. Su día comenzó como cualquiera y avanzaba de la misma forma. Andando por el gris camino que no llevaba a ninguna parte, sintiéndose víctimas de una sociedad a la que no entendían ni querían entender, intentando huir de una represión que no existía y que se habían inventado como excusa para expresar una rebeldía que solo disfrazaba su pobreza mental y sus pocas ganas de ganarse el pan de forma digna. Se llenaban la boca con palabras inmensas sobre un sistema del que no podían escapar; no a menos que decidieran vivir en un terreno aislado y lejos de la civilización. Pero a ellos les gustaba la televisión, la internet y toda las mieles del progreso, y no les gustaba la idea de tener que pagar por ello.

Acababan de arrancar la cartera a una anciana que iba algo distraída unas quince cuadras más allá; no tenía muchas cosas de valor y el celular no era de los modernos, pero en el monedero había unos tres mil pesos que servirían para comprar un poco de hierba antes de que se terminara la que tenían. Ninguno de los tres albergaba grandes aspiraciones; lejos de permanecer drogados con hierba y mojarse los labios con licor, trabajar en algún lavadero de coches una o dos veces a la semana para conseguir lo necesario y lo que llegara a faltar, bueno, siempre había un incauto en la calle a quien arrebatar sus pertenencias. Ya no resoplaban tras la carrera y dejar a la pobre anciana atrás, no se preocupaban demasiado, tres o cuatro grandulones se acercaron a la vieja para “ayudarla”, se sentían muy valientes socorriendo a una pobre mujer que caminaba encorvada y pedía auxilio a gritos, pero ninguno se lanzó a correr tras ellos, aunque cualquiera podría darles una buena zurra si quisieran, pero el mundo del crimen era así, había muchos dispuestos a ayudar, pero muy pocos que lo hicieran, y ellos se aprovechaban de eso, sabían que podían hacer casi cualquier cosa y que la gente se olvidaría de ellos mientras se hacían los héroes levantando a la víctima del suelo o consolándola por la pérdida de sus pertenencias. Marcos encendió el tercer porro de la tarde y otro destapó la última botella de cerveza. No había un alma por toda esa zona y ellos se sentían dueños del mundo; del barrio, al menos.

–...Así que entonces, el estúpido no pudo follar anoche!– terminó de decir uno de ellos y otro arrancó a reír mientras un tercero se quedaba serio y con los labios apretados.

–No fue mi culpa, che!– se defendió –la mina se puso a llorar ahí en la pieza, viste! y comenzó a decir que no estaba bien, y que esto y aquello...–

–Eso no fue lo que yo escuché, boludo!– replicó el más alto.

-Yo tampoco, viste!- agregó el más bajo. -parece que alguno escuchó los gritos en la habitación y se acercó a abrir la puerta, y escuché que estabas tan peda que vomitaste en la cama y la mina te empujó!-

-Sí, ya! Pero ustedes no estaban ahí así que podés pensar lo que les de la gana, banda de cornudos!-

Estaba oscureciendo ya, y a lo lejos se oía el esporádico sonido de algún coche que pasaba. Aún reían de esto y de aquello cuando, en medio del blanco humo que los envolvía y del dulzón olor a marihuana, apareció en su campo de visión aquella figura solitaria que andaba cansadamente vestido de traje y con un maletín de aspecto costoso por la vereda; su vereda. Los tres vándalos se miraron y, como pirañas que huelen una presa, cambiaron inmediatamente de rumbo y se dirigieron hacia el desconocido.

Chris caminaba despacio por la vereda desierta llevando el maletín en una mano y la otra dentro del traje, sus propios pasos que resonaban sobre la acera de piedra era lo único que escuchaba. Estaba realmente molesto; aunque tenía que confesar que al principio sintió miedo. Era normal que muchas cosas fallaran, hasta sus sofisticados sistemas informáticos creados con rigurosa meticulosidad. Pero que su flamante y casi nuevo bmw serie 5 fallase de la forma en que lo había hecho era casi imposible. Es decir, el coche no encendió, así de simple; el botón de encendido hizo su trabajo pero al parecer la energía no terminó de hacer arrancar el motor. Se apeó del coche después de presionar el botón para destrabar la cajuela, y cerró la puerta un poco más fuerte de lo que hubiera querido de no estar tan enfadado. La verdad no entendía qué hacía ahí como un imbécil frente a aquel moderno montón de chatarra si no entendía nada de lo que veía. Colocó las manos sobre la tapa de la cajuela y cerró los ojos inspirando profundamente. Al volver a abrirlos pareció ver las cosas con más claridad. Cerró la tapa con suavidad, no tenía sentido pelear con objetos inanimados. "Está bien" pensó, poniendo su mente a trabajar "el maldito coche no enciende, pero no puede ser una falla casual. Tiene mucho que ver con este aparato!" desvió por instinto la mirada hacia el bolsillo de su traje y sacó el pequeño pendrive.

La temperatura bajaba cada vez más, y pronto se encontró cerrando los botones del traje y metiendo la mano libre en uno de los bolsillos. Iba caminando sin rumbo, pues no sabía muy bien defenderse a pie y sin el mapa de su teléfono. Cerca de media hora antes había salido del edificio. Recordó que contuvo las ganas de lanzar el pendrive lejos, y volvió a guardarlo en el bolsillo para abrir la portezuela, sacar su portafolios y largarse de allí.

Fue demasiado tarde cuando a sus oídos llegó el sonido amortiguado de pasos que avanzaban en tropel hacia él, y al volver la cabeza hacia un lado, vio cómo un flaco le pasaba rozando al tiempo que alguien del otro lado intentaba arrebatarse el portafolios. Por instinto aferró con fuerza el maletín, lo que disolvió como sal en agua los planes de aquellos tres. Chris estaba en buena forma física, y ayudaba el hecho de que no estaba bajo influencia de ningún químico, a diferencia de sus adversarios y, no menos importante, que tenía tanta ira reprimida en su interior, que al reaccionar ante lo que estaba sucediendo, su hostil respuesta impactó directamente en la nariz de Matías con uno de sus caros zapatos. Mateo, cuya función era la de distraer, pasó de largo, dejando a Chris atrás mientras Marcos casi cae al suelo agarrado del maletín, pero logró mantener el equilibrio y aprovechar el descuido del hombre tras golpear a sus compañeros para contraatacar. Chris recibió un mamporro en

la boca, pero no aflojó el maletín ni siquiera un poco. Al contrario, logró arrebatárselo de las manos de aquel estúpido. Esquivó a los dos que tenía en frente y echó a correr cuando vio por el rabillo del ojo como el otro se levantaba penosamente del suelo; no se sentía capaz de salir bien de una reyerta contra tres sujetos, aunque fueran tres idiotas. Se detuvo a cierta distancia, los vándalos iban siguiéndole; también se detuvieron, uno de ellos blandió un cuchillo.

-voy a acabar con todos!- exclamó en una especie de bramido susurrante. - cuando sean sólo dos, la pelea será más fácil...- hizo una pausa mientras se tocaba el labio hinchado y veía la sangre en el dorso de la mano. -y cuando sólo quede uno de pie...- Los delincuentes comenzaron a abrirse en torno a él. Sabía que si corría por ahí gritando "policía" los rateros se alejarían, pero luego de sentir el dolor en la cara, decidió que quería molerlos a golpes así fuera una contienda desigual; para ellos.

Las boleterías de Buenos Aires no se parecían a las de Chicago, pero eran estructuralmente las mismas, y el mecanismo era el mismo, prácticamente. Se acercó a la taquilla y compró un boleto para subir al tren; no vio la necesidad de comprar la dichosa tarjeta. Un guardia de seguridad le preguntó si estaba bien cuando lo vio con la ropa hecha trizas, un ojo morado y la boca rota.

—sí, estoy bien, sólo quiero irme a casa— le dijo al oficial. Luego se demoró un poco mientras un segundo uniformado aparecía y se aseguraban de que no hubiera nada ilegal o turbio con Chris. Claro, que todo se arregló antes de que el tren apareciera cuando demostró ser ciudadano norteamericano, lo cual parecía ser un salvoconducto para casi todo en casi cualquier sitio al que iba. Recordó aquella vez que viajó a Venezuela por un asunto de espionaje empresarial relacionado con la industria del petróleo. Al principio fue un poco difícil, nadie parecía entenderlo; había pocos lugares donde el inglés no sea algo común. La compañía para la que trabaja le puso un traductor que sólo se despegaba de él para dormir y para cagar. En fin que el caso, bastante engorroso, se resolvió de forma rápida y discreta gracias a que su pasaporte decía Estados Unidos de Norte América, y el joven traductor no perdía una oportunidad para usarlo y conseguir papeles e información que de otra forma costarían mucho tiempo.

El tren llegó al fin, entró en el último vagón, en el que había varios asientos vacíos. Sucio y cansado como estaba, no se sentía con ánimos de estar cerca de nadie, y con suerte el asiento a su lado permanecería sólo hasta el final del recorrido. Miró su reloj de pulsera que, a diferencia de todos los gadgets que usaba, ese era el único analógico; marcaba las nueve veinte tres de la noche. Echó la cabeza hacia atrás en la butaca y enseguida le dolió el cuello, se llevó la mano hasta allá y en el trayecto rozó sólo un poco el labio partido, y también le dolió. Venga! Que es un labio partido y unos puños que ni marca van a dejar... "y una mierda!" pensó. A él no tenía por qué dolerle nada...; bueno, eran tres, después de todo. Se maldijo al recordar que tenía que haber acabado con ellos mientras uno estuviera aún en el suelo. "pero no me quitaron el maldito portafolios" pensó con orgullo, luego pensó en la estupidez: en el maletín no había absolutamente nada que no tuviera un respaldo digital. Se echó a reír de si mismo y le dolió de nuevo la boca, se la cubrió con la mano pero no pudo dejar de reírse al recordar el puño del pendejo chocando contra su rostro. Eso lo enfureció mucho, pero la salida más rápida era correr, y así lo hizo, hasta la rabia y las ganas de romperles la cara a esos tres fue más grande.

Comenzó con el más flaco, no recordaba su era el que ya había golpeado o el que trató de arrebatarle el maletín. Se lanzó sobre él como una bola de demolición, derribándole sin dificultad, los otros dos le cayeron encima golpeándole y pateándole mientras él se ocupaba de encontrar la nariz del tipo, la que destrozó de un sólo puñetazo. Luego se levantó, haciendo retroceder a los otros dos, quienes lo rodearon como si de verdad supieran lo que estaban haciendo. Chris esperó, y cuando los dos delincuentes corrieron hacia él, este se quitó el traje rápidamente y lo lanzó hacia uno de ellos, dejándolo momentáneamente ciego, momento que empleó en estamparle una de las durísimas esquinas niqueladas del maletín en la cara, tras lo que, después de sentir cómo se partía el tabique nasal, lo vio caer de espaldas como un saco de patatas.

El tercer muchacho se quedó paralizado, no quería ni por un segundo darle la espalda a aquel tío. Chris rodeó el cuerpo inerte del chico bajo la mirada llena de pánico del otro, y lo empujó con el pie para evitar que se ahogara con su propia sangre. Pero de pronto algo pasó muy extraño: el semblante del chico cambió, y ahora no parecía asustado, pero ni siquiera un poco. Chris movió lentamente su pie derecho hacia atrás, como le había enseñado su instructor de defensa personal para resistir lo mejor posible una embestida. El chico comenzó a acercarse, ahora en su mano había un cuchillo; la hoja emitió un brillo siniestro. Frente a él las dos figuras que yacían en el suelo se levantaron, había cuchillos también en sus manos, y se acercaban lentamente con miradas asesinas. De pronto Chris no podía moverse, de pronto los tipos le atacaron; no podía esquivarlos a todos, eran demasiados, sintió como pesas de hierro en los pies, los tres delincuentes se le echaron encima...

Chris se despertó sobresaltado y bañado en un sudor frío, se palpó el cuerpo comprobando que la golpiza había sido algo imaginario. Después de respirar profundamente se repuso por fin. Era una pesadilla, y recibió con alivio el dolor de los golpes que recibió en la refriega al recordar con claridad lo que realmente había pasado. Estaba tan cansado y adolorido que se quedó dormido; no recordaba ni cómo se llamaba la estación en la que abordó; tampoco a la que iba, se sintió como si hubieran reiniciado una parte de su cerebro. Sacudió la cabeza y se espabiló. Pensó que su cuerpo había caído en un estado de recuperación automático, como prefería llamarle. Ya de vuelta a la normalidad, necesitaba saber dónde estaba, esperaba no haber dejado pasar muchas estaciones. Miró su reloj, pero recordó que había dejado de funcionar, sí, dejó de funcionar como el resto del maldito mundo desde hace un par de horas; de hecho, no podía saber cuánto tiempo había pasado, sólo dedujo que bastante, debido al entumecimiento de las piernas. Miró a través de la ventana y fuera todo estaba oscuro, lo bueno de eso era que a aquel día le quedaba poco.

Intentó ver el mapa esquemático que había en las puertas pero, extrañamente, ahí no había nada, pero estaba seguro de que había un mapa cuando abordó, o no era así? Tal vez dio por sentado que tenía que haber uno y no se fijó realmente. Una extraña sensación se apoderó de él, era algo como un abandono total, como si de pronto fuera la única persona en el mundo después de una explosión atómica o una epidemia espantosa. Saco el móvil del bolsillo de la camisa, presionó el botón pero nada ocurrió; la pantalla continuó mostrando su reflejo oscurecido dentro del cristal líquido puesto sobre un fondo negro. Se levantó de la butaca y buscó a alguien a quien preguntar el nombre de la estación, pero el vagón estaba completamente sólo. Comenzó a preocuparse.

El tren continuaba moviéndose, de eso estaba seguro, pero hacia qué dirección? "diablos" pensó, aún no se acostumbraba a las injurias de la ciudad de la furia. Comenzó a caminar hacia adelante y pasó al siguiente vagón, donde pudo observar con asombro que no había, aparte de él, ni un alma. "pero qué carajos está pasando aquí?" pensó de nuevo, avanzando con pasos largos hasta el siguiente vagón...
"no puede ser"

Chris no es un tipo que se anda con rodeos, y en lugar de seguir indagando sobre el supuesto misterio, decidió avanzar hasta la cabina de conducción; el tren seguía en movimiento, así que debía haber un conductor, y

si no lo había, ya podía darse por muerto si no encontraba forma de frenarlo antes de estrellarse contra la pared de la estación terminal, eso si no encontraba en el camino a otro tren cuyo camino se cruzase con el suyo en algún momento.

Justo en el momento en el que dio el primer paso decidido a preguntar cualquier cosa al conductor, el tren disminuyó la marcha hasta detenerse; la voz que anunciaba el nombre de la estación y el de la siguiente, brilló por su ausencia. Chris no siguió avanzando, y pronto abandonó la idea de molestar al conductor y asomar la cabeza para mirar el nombre de la estación y ubicarse.

Cuando la puerta se abrió no vio nada inusual; era una estación como tantas, no logró ver el cartel con el nombre y salió del vagón cuando de forma inesperada, la puerta volvió a cerrarse tras él. Se volvió con un respingo, golpeó la puerta un par de veces, pero el tren ya había iniciado la marcha. "no, no, no!" Pensó antes de correr pegado al vagón mientras avanzaba. -no! Maldición!- gritó, corriendo más rápido, pero el tren burlón aceleraba riéndose en su cara hasta dejarlo ahí parado con la mirada incrédula y la expresión del que acaba de experimentar algo que, simplemente, le parecía imposible sólo un segundo antes.

Desde el otro lado de la vía férrea, una fila de banquetas vacías vieron volar hacia ellas un bonito y costoso maletín de cuero con detalles metalizados que había lanzado con rabia un tipo que había allá, y que luego de liberarse de aquel equipaje se quedó un buen rato lanzando improperios y gesticulando intenciones hostiles a algo que sólo él podía ver. Más allá, la noche se había cerrado, y una opresiva oscuridad se encargó de borrar todos los detalles que el día pintaba con tanto esmero, dejando sólo formas que se adivinaban sobre otras formas, y en medio de todas, la forma de un hombre solitario cuya vida calculada y planeada acababa de sufrir un revés fuera de todas las posibilidades.

Sentado en una de las banquetas de aquella estación que parecía haber sido olvidada por el creador y por toda la humanidad, enterró la cara entre las manos y se frotó la frente con energía. Luego se sintió tonto al levantar la vista y mirar el portafolios allá tirado del otro lado. Volvió a pensar que dentro no había nada que valiera la pena enfrentarse a un delincuente, mucho menos a tres, aunque no dejó que se salieran con la suya, pero si hubiera entregado el puñetero maletín ahora estaría en su casa viendo televisión o volviendo loca a Steph.

"Steph" pensó. "debe estar preocupada... debo encontrar la forma de comunicarme con ella..." se levantó y buscó la salida, pero lo pensó mejor, "y a donde narices voy a ir?" volvió a sentarse, se sentía más tranquilo ahora, pensar con calma siempre resultaba mejor, y las soluciones a los problemas más intrincados se hallaban a veces a la vuelta de la esquina si el pensamiento no se hallaba obnubilado por el estrés, la rabia o el miedo. "sólo esperaré que venga el próximo tren y me iré de aquí." se dijo, y se dispuso a hacer un recuento mental de todo lo que había pasado desde que se levantó hasta... "no! Un momento... La cosa comenzó el día anterior cuando acepté revisar el maldito pendrive." pero luego volvió a meditar sobre ello y la conclusión no era del todo lógica. "pero qué tiene que ver toda esta locura con ese aparatito?"

No tenía idea de cuanto tiempo estuvo cavilando sobre la situación en la que estaba. En lo que sí reparó fue en que hacía bastante rato que tenía que estar sentado en la butaca de un tren... Y eso no era lo que estaba sucediendo. Por el contrario, seguía con su trasero pegado a una fría banqueta de una, aparentemente, olvidada estación, esperando un tren que tenía toda la pinta de que no iba a pasar hasta el día siguiente. "no puedo seguir esperando" se dijo, levantándose resignado a buscar algún otro medio de transporte o alguna estación de policía o de bomberos; hasta un hospital sería de gran ayuda, después de todo, un teléfono resolvería parte del problema.

Tenía que admitir que la salida, o entrada, según se mirase, daba bastante miedo, y pensó que tal vez en horas diurnas la situación cambiaría sólo un poco. Entró por un lado del tenebroso túnel y apuró el paso al bajar las escaleras para salir lo antes posible. Iba siempre atento, pero no escuchó nunca algo parecido a un tren acercándose. Eso le dio una idea de cuánto tiempo pudo haber perdido ahí de haber seguido esperando. Al salir del túnel y encontrarse fuera de la estación, el paisaje que se dibujaba ante él era tan desolador cómo un minuto antes: bañadas por una plateada luz de una luna

invisible, las limpias calles de aquella zona desconocida parecían haber sido hechas recientemente, y al caminar miró hacia atrás para ver si dejaba alguna huella.

No vio nada.

La cosa no podía ser más extraña, parecía que andaba sobre una máquina caminadora; el paisaje a su alrededor era, con una diferencia aquí y otra allá, prácticamente igual: altos edificios en los que parecía haber actividad; de esa que se lleva a cabo en horas nocturnas para tener preparado el sistema cuando llegue la hora de abrir las puertas al público. Pero el sonido de sus pasos al andar le chocaba, diciéndole que no iba llegando a ningún lugar.

Se decidió por un edificio cualquiera, vio uno con sólo tres pisos una cuadra más allá. Cruzó la calle; el semáforo sólo encendía de forma intermitente la luz ámbar. Subió los peldaños que daban a la puerta principal hecha de material transparente. Se cubrió ambos lados de la cara para ver mejor hacia adentro; parecía desierto. A su izquierda había un panel con botones y números; un intercomunicador. Pulsó el que indicaba recepción, esperó un rato, pero de la pequeña bocina no salió ni un chasquido. Se alejó hasta la acera y miró hacia arriba, en algunos pisos había ventanas con luces encendidas. Probó hacer lo mismo en dos edificaciones más, obteniendo el mismo resultado.

-pero dónde estoy?- preguntó en voz alta, como si hubiera alguien a sólo un metro de distancia, pero pareció oírse a kilómetros. -es un maldito pueblo fantasma!- ahora sonaba realmente irritado, sacó su teléfono celular y lo miró una vez más, continuaba igual, haciendo un excelente trabajo como pisapapeles. -avi!- le dijo al aparato en un arrebato de medicinal demencia. - si tan sólo estuvieras aquí...- entonces fue cuando vio una sombra por el rabillo del ojo. Se volvió rápidamente y guardó de nuevo el teléfono. La sombra acababa de perderse al doblar la cuadra anterior.

-HEY!!- exclamó, y se fue en pos de lo único en movimiento que había visto desde que despertó en aquel vagón infernal "cómo no lo vi antes?" se preguntó, recordando que, del lado opuesto, la sombra habría sido más fácil de ver. Cuando llegó a doblar la esquina por donde había visto la sombra, esta había vuelto a hacer lo mismo en la siguiente. Chris corrió todo lo rápido que pudo para darle alcance, mas cuando llegó a la otra esquina, volvió a encontrarse con la más absoluta soledad.

Aún resoplando y sin saber si estaba volviéndose loco al ver una sombra que al parecer no había existido nunca se acercó a otro edificio

cualquiera y se recostó de una pared, para luego deslizarse lentamente hasta el suelo. Tenía que obligarse a pensar con claridad, a pesar de que claridad no era lo más abundante que había alrededor. Miró hacia adentro, y empotrado en la pared lateral a la puerta de entrada había otro panel de comunicación. Pensó en levantarse a tocar algún botón, pero desechó la idea con un ademán de hastío y decidió quedarse ahí un rato a pensar. Tal vez si obstruía la entrada haría molestar a algún propietario, o si daba el suficiente mal aspecto ahí tirado, tal vez llamara la atención de algún policía. Chris nunca había estado en la cárcel, y lo único que sabía acerca de eso era lo que había visto en televisión y lo que había leído por ahí. Por regla general, no es un sitio al que alguien quisiera ir ni a trabajar, pero a él se le antojó una buena idea, dada la situación en la que estaba.

Dicen que situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, y con ese razonamiento en la cabeza se levantó del duro suelo y caminó bordeando el edificio. Buscaba algo para lanzar contra una ventana, seguro que alguien saldría a ver qué pasaba, tal vez nadie saldría a ver qué pasaba, pero con seguridad alguien llamaría a la policía y diría que había un loco suelto rompiendo ventanas. Cualquiera que lo hubiera acompañado habría creído que buscaba algo con características específicas, pero nada estaba más lejos de la verdad, pero luego de recorrer contrariado toda la fachada del edificio, volvió sobre sus pasos con la vista pegada al suelo como un sabueso.

–esto es realmente extraño!– exclamó. –vamos! Debe haber una maldita roca tirada por aquí!– llegó al otro extremo de la calzada y vio que había una zona verde, un pequeño jardín cuyos límites estaban bien definidos por unos húmedos bancos de concreto.

–ahí escondido debe haber un ladrillo.– dijo, y fue directo hacia uno de los asientos emplazados en el jardín. Se quedó un momento mirando como anonadado lo que encontró debajo, ente las patas del banquillo de cemento: un ladrillo. Un anaranjado, perfectamente rectangular y pesado ladrillo, con los diminutos hoyuelos que suelen tener esas piezas de construcción, producto del aire que escapa del material en el momento de la cocción a altas temperaturas. Titubeó un poco antes de estirar el brazo para cogerlo. Más extraño que no encontrar nada en aquella inmaculada calle era encontrar ese ladrillo, es decir, era un simple ladrillo... Recordó al sentir el peso del objeto en su mano lo que iba a hacer con él y se lo pensó un momento mientras caminaba lentamente hasta pararse justo frente al alto edificio plagado de ventanas cerradas y anónimas. Miró a ambos lados de la calle y no vio un alma, maldijo para sus adentros y llevó la mano derecha hasta atrás, calculando la fuerza que necesitaría para hacer que el pesado ladrillo entrase por una de las ventanas del primer piso; ya que las de la planta baja no eran visibles desde donde estaba, y no pensaba rodear la construcción para acceder a la parte trasera.

Una sombra repentina pasó tras él justo en el momento en el que sus músculos se tensaban para lanzar. Dejó caer el ladrillo por la impresión, y se volvió rápidamente para verla; por suerte, la esquina más próxima no estaba tan cerca, y corrió tras la sombra con la convicción de que no era producto de su imaginación, y aliviado de poder confiar en su cordura.

–hey! Espera!– dijo mientras corría detrás de lo que era, sin duda alguna, una mujer. –necesito ayuda!– pero la oscura figura volvió a doblar la esquina antes de que Chris pudiera darle alcance y desapareció nuevamente. Chris buscó en las vacías entradas de los edificios, pero no sólo no había nadie allí, sino

que parecía haber pasado por ahí algo terrible y todo el mundo se hubiera largado de forma súbita.

Volvió frustrado de donde había partido y encontró ahí tirado el ladrillo. Se lo quedó mirando un momento y le pareció que emitía cierto brillo. Buscó con la vista las lámparas de la calle, pero en su blanca luz no encontró ningún rayo que incidiera particularmente sobre el ladrillo.

–esto es muy raro!– dijo, y pensó que aquello de expresar en voz alta sus pensamientos no era un hábito cuya adquisición fuera aconsejable. Recogió el ladrillo, restando importancia a cualquier idea que no le llevara a resolver el problema; y con seguridad, ese ladrillo le ayudaría a resolverlo; le traía sin cuidado si era oscuro, brillante o pareciese un maldito árbol de navidad. No temió alejarse de donde estaba para adentrarse en aquella jungla de concreto.

Decidió caminar en línea recta, de esa forma llegaría a eventualmente a algún sitio, de esa lógica no podía escapar ni la más demente de las situaciones, esa igual que aquella que decía que el tiempo avanzaba en un sólo sentido, así que eventualmente amanecería y con la luz del día, todo se solucionaría más fácilmente. No llevaba cuenta de cuantas cuerdas había dejado atrás, en lo que sí reparó fue en el peso del ladrillo, que de pronto se volvió casi insoportable. Se quitó el saco, pues aunque la temperatura no parecía haber aumentado, supuso que la caminata lo había hecho entrar en calor. Envolvió el pesado objeto en el inservible saco y se lo colgó al hombro, de esa forma sería más fácil llevarlo. Miró hacia adelante con desdén; tal vez fuera por la oscuridad de lo que había más allá, pero algo le decía que no era el camino correcto, y la peor parte era que los otros dos sentidos a escoger ofrecían el mismo panorama.

La vuelta de Chris desde el universo de Morfeo no fue tan abrupta como la última vez, y el sobresalto fue sustituido por la decepción del que espera algo que parece inminente pero que no llega a suceder nunca, ya que de esa forma esperaba él la luz del día. Agotado de caminar sin rumbo, y casi arrastrando el peso de aquel ladrillo que por alguna razón que desconocía no había aventado aún contra alguna ventana, se había echado en el primer banco de la primera plaza que encontró. No estaba acostumbrado a dormir en una dura losa de concreto, así que se levantó adolorido. Miró a todos lados, profundamente confundido. “pero... cuánto tiempo he dormido?” se preguntó. “es decir, o no dormí casi nada y aún no ha amanecido, o seguí de largo hasta la siguiente noche.” Miró su reloj, este marcaba las nueve veintitrés, y eso le recordó algo, aunque no sabía muy bien qué. Sin embargo no podía ser la hora del mismo día, es decir, eso significaba que el tiempo que había transcurrido desde que comenzó a caminar, quedarse dormido y despertar había sido algo así como... diez minutos?

–Está bien– dijo, respirando profundo y exhalando lentamente. –Sólo tengo que seguir caminando...– recogió su saco con el ladrillo dentro y continuó, mas frustrado y cansado como estaba, sus pasos resultaban arrastrados y lentos. Un gorjeo agitado en sus tripas llamó su atención; no recordaba cuándo fue la última vez que comió algo, y eso le preocupó gravemente. Sabía que una persona podría sobrevivir sin alimentos una cuatro semanas sin consumir alimentos, pero moriría en tres días si no lograba conseguir agua, eso le recordó que no había visto ni siquiera un charco en la calle; o tal vez era que, por no haber estado buscando, no había reparado en ninguno? El resultado de esa reflexión fue una creciente sequedad en la garganta que aumentó considerablemente sus preocupaciones.

–maldición!– dijo en voz alta, cosa a la que ya se estaba acostumbrando muy a su pesar. –será que hubo una epidemia aquí y todo el mundo murió?– reflexionó, y la idea le causó más pánico aún al saberse respirando aquel aire que podría contener alguna bacteria mortal. –necesito un maldito mapa!– exclamó, y entonces en su campo de visión apareció un leve brillo que provenía de alguna cuadra más adelante; era obvio que no provenía de ninguna de las farolas de luz blanca que sólo servían para que la oscuridad no fuese el equivalente a estar completamente ciego, y como un moribundo que ve la luz al final del túnel, se abalanzó sobre aquella esperanza luminosa sin saber de qué se trataba.

Un mapa. Sí, eso era, un maldito mapa de la ciudad. O de la zona, al menos; no podía entenderlo bien debido a la oscuridad y al ofuscamiento. Estaba instalado dentro de una valla publicitaria en la esquina de esa vereda,

y el brillo de las luces que había en el marco metálico iluminando la pantalla de plexiglass se confundían con el resto del alumbrado público, así que le pareció una gran casualidad haberlo visto, y pensó que tal vez había pasado por alto algunos otros. Intentó leerlo sin éxito y al estudiarlo más detenidamente se dio cuenta de que las calles no tenían nombre; de hecho, era un mapa completamente conceptual, sólo indicaba calles grises que rodeaban las cuadras y varias líneas de colores que sugerían algún tipo de ruta.

–El amarillo!– se decidió rápidamente, indicando con el dedo la ruta que aparecía con ese color. “es el color de la suerte, no?” pensó y se alejó, mas su estómago rugió de nuevo y lo hizo retroceder. –Espera, espera! Dijo como hablándole a su propio estómago. –Seguro en el mapa habrá algún restaurante o algún sitio en el que podamos comer algo, y si está cerrado como el resto del condenado pueblo...– echó una mirada al saco que llevaba en el hombro, pensando en lo oportuno que había sido al no lanzar ese ladrillo antes. –...entraremos a la fuerza, tal vez así llegue la policía.– Miró de nuevo el mapay vio que justo a pocas cuadras, en el trayecto que seguía la línea amarilla, había un pequeño punto de un amarillo sólo un poco más oscuro. –debo prestar más atención– habló de nuevo consigo mismo. –No tengo idea de lo que significa ese punto, pero por algo está allí.– volvió a hablar. Señaló con el dedo la pantalla luminosa y se alejó un par de pasos, tras lo que se detuvo nuevamente. Retrocedió hasta el mapa y lo miró, no había forma de aprenderse aquello, necesitaba de alguna forma dibujarlo con lápiz y papel, o lápiz y su mano; enseguida le llegó la imagen de su portafolios tirado en mitad de las vías férreas, en la imagen, un tren pasaba sobre el maletín, haciéndolo añicos.

–Está bien, esta valla debe tener tornillos, y uno de ellos debe estar flojo, o tal vez un pedazo de metal que pueda usar para rayar.– volvió a hablar, en su mente se decía que tendría que gastar una buena pasta para quitarse ese hábito de encima. Inspeccionó la parte trasera de la valla y tanteó con las manos por los bordes que no podía ver hasta que, sí, ahí estaba, un tornillo del largo de su dedo que parecía moverse con relativa facilidad.

Miró su reloj, marcaba las nueve veintitrés; se había detenido también, pero no le importó demasiado. Destrabó el broche y se lo quitó, luego giró la pantalla de mica para sacarla del soporte de rosca y listo. Incrustó el duro círculo en la hendidura del tornillo y lo hizo girar. Al fin algo estaba saliendo bien, pensó mientras veía salir el largo tornillo. No sabía muy bien qué hacer a continuación, sólo sabía que tenía que ponerse en acción rápido porque todo el mundo parecía estar a punto de venirse abajo.

Caminaba, casi corría hacia el punto que marcaba el mapa. Aún no sabía qué podía significar, pero por todos los dioses, no podía ser, es decir, tenía que significar algo. El dolor que sentía en las piernas con cada paso era aliviado por la adrenalina que recorría sus venas al acercarse a aquel punto. Llevaba el saco sobre ambos hombros y el ladrillo en las manos. Sabía que no podía retener la confusa imagen del mapa en la mente, así que quitó un tornillo de la vaya y con él dibujó trabajosamente y lo mejor que pudo en la superficie del ladrillo la sección que le interesaba del mapa. Sus pasos resonaban con un leve eco producido por el sonido al rebotar contra los edificios mientras el pasaba de la esperanza a la zozobra al pensar en lo que podría encontrar cuando llegara al destino señalado en el arcilloso mapa. Sería tal vez una estación de policía? Un hospital? U otro edificio vacío y yermo, o tal vez una trampa mortal llena de...

La visión que tenía ante sí era sobrecogedora, casi mágica en su esencia y simpleza. Se acercó con cautela al objeto que brillaba con circense fanfarria de luz, llamándolo cual anuncio de publicidad para niños. Desde lejos pudo ver los empaques que había dentro de la cápsula acristalada. Preparó entonces el ladrillo porque aquella máquina dispensadora seguro le exigiría alguna moneda que él no tenía, pero cuando llegó a estar a centímetros del dispensador, no vio ninguna ranura para monedas o tarjetas, pero sí un panel lateral. Estaba decidido a romper el cristal para hacerse con los empaques de lo que fuera que hubiera allí, aunque no sabía de qué se trataba, con seguridad servirían para mantenerlo con fuerzas hasta que amaneciera, si es que eso llegase a suceder. Ajustó el brazo para estampar el ladrillo contra la cápsula, pero entonces vio de nuevo el panel y decidió, antes de usar la violencia, ver de qué se trataba. Acercó la mano al panel y este abrió una cubierta que exhibía una almohadilla de un gris oscuro. Él conocía bien esas almohadillas y con incredulidad puso una mano sobre esta; para su sorpresa, un leve sonido neumático siseó dentro del dispensador y uno de los paquetes que había dentro fue expulsado hasta una trampilla debajo de la cápsula. Su rostro seguía siendo de absoluta incredulidad cuando cogió y abrió el paquete, incluso al morderlo sin importarle si era venenoso, o si estaba caduco o no.

El sabor era horrible, y tal vez era cierto que la fecha de caducidad estaba pasada, y a juzgar por el estado de aquel pueblo en general, tal vez así fuera, pero no se preocupó en leer lo que decía el envoltorio ni le importaba lo que pudiera decir. Se entretuvo un rato buscando la forma de dejar una marca para volver a ese punto, así que procuró destrozar su chaleco para usar los hilos, se le ocurrió atarlos con sumo cuidado a los postes; eran

relativamente fuertes y desde que bajó de aquel endiablado vagón, no había sentido ni una sola ráfaga de viento. Tampoco había visto alimañas por ahí así que era una preocupación menos. Había guardado tres de esas horribles golosinas en los bolsillos, y decidió guardarlos para casos en los que sintiera que no podría aguantar el hambre. Por suerte su chaleco era reversible, eso quería decir que podría recorrer buena cantidad de camino y poder regresar por comida si lo necesitara.

–Vamos bien Chris, muy bien!– exclamó mientras ataba el largo hilo a otro poste, eran casi invisibles, pero a él no le preocupaba mucho esa circunstancia; tampoco pretendía alejarse mucho del sendero. –Solo necesitamos agua, y alguna forma de comunicarme con alguien, con cualquiera!.– de pronto se vio en su rutina diaria hablando solo como un desequilibrado. Debería haber agua en algún lado... Espera! Debo estar alerta en las veredas, si había un mapa allá atrás, es lógico que haya más cada cierta distancia, no?– y dicho esto continuó caminando, mirando con atención las esquinas, y entonces apareció, justo en la cuadra siguiente, otro brillo de lámparas blancas que iluminaban una pantalla de cristal. Se acercó de prisa y se regocijó al ver aquel estúpido mapa sin nombres ni numeración.

–Sí!– exclamó. –Ahora puedo buscar con más calma– hablaba mientras ataba otro poste con lo que quedaba del costoso saco de vestir. –seguro que habrá otro punto, y señalará dónde puedo encontrar una maldita estación de policía...– Nada más acercarse la vio. Señalada como la equis en un mapa del tesoro, un icono azul en una cuadra cualquiera de aquel desierto que dibujaba una casita y, en el medio de esta, el inconfundible escudo con una estrella en el centro. Se lo quedó mirando un buen rato con el ceño fruncido. –No puede ser que no lo haya...– dejó la frase sin terminar y miró hacia atrás, de donde había venido. Entornó los ojos para ver mejor y distinguió en la oscuridad el hilo y el trozo de saco en el suelo. –Espera un segundo...–

Aún resoplando por la agitación Chris se detuvo frente al mapa que encontró por primera vez varias cuadras antes. Admitía sin pena que necesitaba de la tecnología para recordar muchas cosas y para resolver variedad de problemas; desde agendas digitales que le recordaban eventos, citas, llamadas por hacer y hasta mensajes que enviar; hasta mapas virtuales que se actualizaban de forma continua basándose en la recopilación de datos y las necesidades del usuario. Sin embargo, no admitiría nunca, jamás, que pasó por alto esa señal de estación policial en ese mapa y que la vio después en el siguiente, de eso ni hablar. Algo muy extraño debía estar sucediendo allí y no lograba hallarle ningún sentido; ninguna lógica. Al ver la estación de policía señalada en el mapa recordó claramente que esa señal no estaba en el mapa anterior y ahora, ahora aparecía como si siempre hubiera estado ahí, y eso lo convertía a él en un loco, y eso no era cierto, no es verdad?

–A ver, a ver, esto es lo que pasa. Prácticamente ordené que esa señal apareciera en el mapa, esa es la razón por la que no apareció en este y ahora sí!– ahora sí parecía un completo demente a juzgar por la forma de hablar. Entonces se quedó reflexionando un momento frente a la pantalla iluminada y, como una visión que revelara algún misterio insondable, la respuesta llegó.

–AVI!!– exclamó. –Te necesito aquí ahora!– no ocurría nada. –AVI!!– volvió a gritar, miró hacia ambos lados pero nada ocurría, entonces, al ver de nuevo hacia adelante allí estaba, una sombra femenina que se dibujaba contra la oscura vereda se acercaba despacio a él. Chris no podía creerlo, es decir, eso era lo que estaba ocurriendo, pero no era... –Avi! Eres tú?–

–Hola Chris– Habló por fin la sombra que ya estaba lo suficientemente cerca de él como para poder verla bien, pero seguía siendo una sombra.

–Avi! Qué es todo esto? por qué estoy aquí?–

–Esa es una pregunta ambigua, Chris.– Habló la voz anodina de Avi que salía de su rostro carente de todo rasgo humano. –podría darte múltiples respuestas, o podría citar las palabras de un sabio, que correspondería más con tu cuestionamiento.–

–Sorpréndeme– le pidió.

–La respuesta está en tu interior.–

–Vaya!– concedió, no realmente sorprendido, seguía siendo la misma Avi, robótica, práctica y objetiva. –Bien, Avi, necesito salir de aquí.–

–Ese objetivo parece conllevar una serie de pasos previos, Chris.–

–Bien. Tienes razón. Entonces... Vamos a la estación de policía.–

-Trazando ruta a pie...- dijo, y entonces una serie de puntos azules aparecieron en el mapa dibujado en la pantalla, trazando una línea desde donde estaban hasta el icono que representaba la estación policial.

-Sí, vamos, tú irás conmigo.-

-Siempre voy contigo, Chris.- De pronto recordó las veces que vio una sombra aparecer y desaparecer tras él, y comprendió que se trataba de Avi. Siempre se trató de Avi.

-Bien! Andando!- dijo, y la sombra cibernética obedeció sin réplicas, y justo antes de recorrer la primera cuadra, la voz de Chris volvió a hablar: -Y por favor, usa un rostro!-

–Mierda!– exclamó al entrar en la estación de policía, a la que había tardado como una hora en llegar. –Algo anda muy mal aquí!– Continuaba hablando mientras caminaba por el desierto edificio. Los cubículos vacíos y las dependencias parecían haber sido instaladas hacía poco tiempo y no haber sido tocadas aún por nadie; recordó que ni siquiera había un vigilante en la puerta. Había sido una larga caminata que Chris recorrió al lado de Avi, ahora transformada en una bella secretaria cuya imagen extrajo de algún estereotipo de la red, planeando por anticipado lo que le diría a la policía en cuanto los tuviera en frente, y si no le creían o decían que estaba loco, no tendría problema alguno en hacerse arrestar golpeando a algún uniformado, tal vez así tendría derecho a una llamada telefónica. Mas todos sus planes semi improvisados se evaporaron cuando entró por la enorme puerta de la estación. Estaba Vacía.

Vacía como el bolsillo de un mendigo. Se acercó a uno de los escritorios que carecían de papeles; como si nunca hubiera trabajado nadie allí, y cogió el teléfono, parecía un modelo inalámbrico viejo, se lo pegó a la oreja pero no logró escuchar ningún ruido, ni siquiera estática.

Estaba muerto. Colgó el auricular con suavidad, aunque lo blanco de sus nudillos decían que estaba presionando tan fuerte que las juntas plásticas crujían ante la presión; respiró profundo y logró mantener la calma.

Se obligó a pensar, no había avanzado tanto para quedarse ahí trabado en el intento. Sabía que la respuesta estaba más cerca de lo que creía y era más clara y simple de lo que aparentaba, así que cerró los ojos y meditó sobre el asunto. Avi seguía junto a él, plantada sin emitir juicios ni opiniones y, al parecer sin embargo, ella era la clave; la gran pregunta era: cómo hacer que la revelase?. Se colocó de espaldas contra el escritorio, y se deslizó hasta el suelo hundiendo la cabeza entre las rodillas. Se dejó llevar por pensamientos triviales y pensó que soltando su mente sería como coger un globo y elevarse alto, muy alto, y ver el panorama desde una perspectiva más amplia. Y así lo hizo. Lo primero que le vino a la mente fue Steph. Era hermosa esa mujer, e inteligente. La vio en la cocina, preparando alguna botana para él, la vio, es decir, veía todo en primera persona, y ella le sonrió. Él intentó acercarse, pero ella se alejaba ahora con cada paso que él daba. De pronto notó que había una puerta de ascensor en la cocina, justo detrás, y que ella se dirigía directo hacia allá. La puerta se abrió y Steph entró en la pequeña cabina grisácea. Chris trató de alcanzarle, pero las puertas se cerraron. Al mirar hacia atrás buscando una salida se topó con Avi que

estaba ahí de pie, observándolo; era de nuevo la sombra de una figura femenina, sin rostro, sin personalidad. Avi se dio vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta del departamento, y se detuvo para indicarle a Chris que le siguiera; este lo hizo. Fuera del departamento había un larguísimo pasillo, y Chris comenzó a recorrerlo siguiendo a su asistente. El pasillo estaba plagado de cubículos vacíos de oficina y, al final de este, un molinete de estación de ferrocarril. Antes de recorrer la mitad del camino había dejado de espiar los cubículos, suponiendo que todos estarían igual de vacíos, y se concentró en llegar al molinete. Comprobó que giraba en una sola dirección; en un solo sentido, y a pesar de que sabía que podía saltar por encima de la instalación, entendió que aquello quería decir que no habría marcha atrás una vez que cruzara esa barrera. Titubeó sólo una vez, sin embargo, y atravesó el mecanismo giratorio. Del otro lado había una escalera cuya profundidad no pudo adivinar siquiera, pero ya no había retorno, no había alternativa. Buscó a Avi con la vista, mas la inexpresiva asistente no estaba allí. Miró una vez más al profundo abismo al que se le conminaba descender y, exhalando un largo suspiro de resignación, Chris comenzó a bajar.

El camino parecía eterno, había bajado una cantidad de peldaños equivalente a unos treinta o treinta y cinco pisos, a su parecer al menos, y seguía sin ver a donde acababa, se detuvo un momento a descansar y, por puro reflejo, volvió la cabeza hacia atrás para ver lo que había recorrido y lo que no vio fue la luz que se colaba a través de la puerta tras la cual estaba instalado el molinete ferroviario, y que le servía para evidenciar que había bajado una severa cantidad de pisos. El miedo comenzó a apoderarse de él, y la desesperación siguió, pensó con claridad que acelerar el paso sólo traería como consecuencia una caída precipitada por aquella escalera infinita, que acabaría matándolo, probablemente, antes de alcanzar el suelo; si es que había suelo allá abajo. En lugar de eso se detuvo, estaba resoplando por la fatiga, y se sentó en uno de los peldaños, recostándose contra una pared que no veía. Se repuso luego de unos minutos y continuó, bueno, lo intentó al menos, nada más incorporarse tropezó y perdió el equilibrio; intentó mantenerse en pie, pero tras unos segundos cayó aparatosamente.

Cuando abrió los ojos la imagen de la vacía estación policial le pareció una de las cosas más hermosas que hubiera visto, al igual que la imagen de Avi a su lado. Enseguida se levantó del suelo con un brillo en los ojos. Lo había conseguido.

–Avi, lo tengo! si recibo un choque fuerte lograré regresar!– exclamó. Los ojos de Avi no mostraron ninguna expresión.

–No puedo procesar la información, Chris.– fue lo que respondió.

–Oh, vamos!– resopló. –Bueno, andando.–

Salieron de la estación, ubicaron de nuevo un mapa y emprendieron de nuevo el camino hacia el sentido contrario. Esta vez estaba seguro de que sí lo lograría, no veía cómo podía fallar.

El camino se le presentaba iluminado a medida que avanzaba. Ya no tenía dudas y eso le llenaba de una euforia que apenas lograba contener. Sabía que se había alejado mucho del sitio al que iba, pero no le importaba. Al fin pudo ver la luz al final de aquel maldito túnel, y esa luz se hacía cada vez más brillante, ese brillo interno que produce la luz del conocimiento ante el problema que hasta hacía poco se encontraba en la más agobiante oscuridad.

El insistente timbre de las puertas del vagón lo empujó dentro, luego de quedarse ahí vacilando. No escogió una butaca, sino que se sentó en la primera que vio. Estaba muy cansado, pero tenía la sensación de que no iba a quedarse dormido esta vez, aunque, según sus elucubraciones, eso era lo que tenía que hacer. Echó la cabeza hacia atrás y se puso a repasar los últimos acontecimientos que le llevaron al sitio que ocupaba.

Luego de una larga y extenuante caminata que, según calculó, debió durar unos dos días desde el lugar en el que estaba hasta la misteriosa estación de tren sin nombre, recurrió entonces a su comando de voz.

-Avi, quiero un tren en estas vías.- y tal como la última vez, un amasijo eléctrico inició a poca altura en las vías férreas, tardó un poco más que con el coche, pero al final apareció, justo donde tenía que estar, la imponente maquinaria de unas doscientas cincuenta toneladas estaba ahí frente a él.

Inmóvil.

Detenido.

-pero qué demonios está pasando aquí?- soltó irritado, y cayó de rodillas con la cara entre las manos. Lleno de irritación y frustrado hasta la médula se levantó, se acercó al bordillo y saltó a las vías, poniéndose justo delante de la locomotora. Pateó con fuerza el parachoques, aunque estaba diseñado para soportar una colisión a noventa kilómetros por hora y reducir el impacto a más de la mitad. Colocó ambas manos en la máquina y empujó con todas sus fuerzas, aún sabiendo que no se movería ni siquiera un milímetro, pero necesitaba drenar su rabia de alguna forma. Y no fue sino hasta que un exceso de euforia le hizo estampar la cabeza contra el duro metal un poco más fuerte de lo que pretendió que entendió que estaba formulando mal los planteamientos.

-avi, qué es esto?- preguntó, estaba muy alterado.

-eso es un tren, Chris.-

-lo sé! Pero no se mueve!- avi no emitió respuesta alguna, sólo se limitó a estar allí.

-maldición!- masculló. Nunca había estado en la cabina de conducción de un tren, y no tenía idea de lo que encontraría cuando entrara en aquella. Subió por el bordillo, dejando las peligrosas vías, se dirigió a la portezuelo de la locomotora y, antes de poner la mano en el panel, se volvió y habló.

-avi! El mapa, necesito un mapa!- uno de los apagados letreros cercanos que había por ahí se encendió, y su visión periférica captó el brillo, entonces se dirigió hacia allá con presteza.

-avi, necesito un mapa de la ciudad.-

-tu solicitud es incorrecta, Chris.- informó avi. Algo no estaba bien. Entonces, como si un destello de comprensión le hubiera golpeado de pronto, lo entendió, y aunque no estaba seguro, ordenó:

-disminuye el zoom en el mapa, por favor.- avi no hizo ningún movimiento, pero el mapa dibujado en el panel luminoso comenzó a alejarse, mostrando un área más grande. Lo que vio tuvo mucho sentido: No había absolutamente nada fuera de lo que había recorrido, y eso sólo significaba una cosa.

Con una mano en la cara, presionándose un poco el puente de la nariz con el índice y el pulgar exclamó; en voz relativamente baja, como sintiéndose estúpido:

-avi, activa todos los sistemas, los dispositivos, las antenas, todo!-

De nuevo avi no hizo ningún movimiento, pero como si alguien hubiera encendido un interruptor en alguna parte, todo lo que había alrededor comenzó a cobrar vida, iluminándose por tramos desde el centro. Pudo ver a lo lejos la blanca luz que iba devorando progresivamente la oscuridad; las ventanas de los edificios parecieron bullir de vida cuando se iluminaron absolutamente todas, y hasta en el pavimento desierto aparecieron unas brillantes señales color naranja, pero fue molesto sonido de advertencia del tren que entró por sus oídos que llenó de júbilo, y no supo si contener las lágrimas que se asomaron a sus ojos para observar aquel final feliz de una espantosa pesadilla o dejar que se derramaran a sus anchas para que celebrasen el prodigio.

Con un pie dentro del vagón de dio vuelta, miró a Avi ahí de pie, ya no era la secretaria de revista, y tampoco la incorpórea sombra, era una mujer con un rostro único, era la imagen que se había creado tras años de interacción con el mundo fuera de la mainframe.

EPÍLOGO

Chris y Steph salían del centro comercial, iban tomados de la mano como novios adolescentes, ella vestía deportivo, con jogging gris y blusa rosa con zapatillas de goma a juego, llevaba el cabello suelto y sonreía al lado de él mientras sacaba, una por una, papas fritas de una emblemática cajita roja. Él miraba el horizonte, llevaba jeans y una franela negra con el dibujo serigrafiado de alguna banda de rock. Aunque hablaban de esto y de aquello, él prestaba más atención a la estación de trenes que se acercaba a cada paso que daban. El centro comercial no estaba muy lejos de su casa y ella insistió en no llevar el coche.

Ningún aviso en la estación decía que el tren presentaba una demora, y la gente, lo que le suponía cierto alivio, se iba amontonando cada vez más a medida que el tiempo pasaba y el tren no llegaba.

–tendrá algún problema?– la voz de Steph lo sacó de estado casi hipnótico y se dio cuenta de que sus ojos abiertos no veían a ninguna parte ni a nada en específico.

–eh, pues, no lo sé, cariño, usualmente anuncian las demoras, pero no he visto ni oído nada desde que llegamos hace...– hizo una pausa para consultar su reloj –...diez minutos...– su pulso se había ido acelerando lenta pero progresivamente y la sensación de ansiedad le oprimía las sienes.

–yo tampoco, pero ya debería haber llegado, no es así? Que tal si le preguntas a Avi qué pasa?–

El la miró con media sonrisa; no le había comentado que Avi ya no era tan "inteligente", ni por qué ahora sus poderes de limitaban sobre todo a ser un buen gps, agenda y reloj.

–sabes qué?– le preguntó como quien está a punto de formular una adivinanza a un niño –voy a hacer que aparezca el tren–

Ella lo miró divertida, entonces él cogió su teléfono móvil del bolsillo del pantalón y lo desbloqueó. El icono que representaba un micrófono apareció en la pantalla como primera opción. No presionó ningún botón, pero le habló al aparato: –avi, has aparecer el tren.– y enseguida, casi un segundo después de hablar, la señal auditiva que anunciaba la llegada del enorme vehículo comenzó a sonar. Chris miro su móvil con cierta alarma, mas pensó que estaba siendo un poco paranoico, así que guardó el móvil de nuevo y arrogante agregó: –ahí tienes tu tren, preciosa!– y le tendió la mano.

Estaban en un extremo del andén, y justo antes de entrar al vagón, algo llamó la atención de Chris, y dejó que su esposa entrara mientras él se acercaba al morro del aparato para leer la pantalla que informaba con luces rojas el nombre de la estación en la que se encontraba el tren y el nombre de la siguiente; lo que la pantalla mostraba era una línea de puntos sin ninguna información. El ruido que anunciaba el cierre automático de las puertas

lo conminó a darse prisa en entrar. Encontró a Steph sentada unas filas más atrás; había un asiento libre a su lado y él lo ocupó.

-todo bien, cariño?- le preguntó ella.

-oh, sí, preciosa. Todo está bien.- contestó con una levísima vacilación. Mas su expresión mostraba una creciente preocupación.

-qué te pasa, cielo?- le dijo ella, mirándolo a la cara. -Si no te conociera, diría que te da miedo viajar en tren...-

-oh! Sí me da miedo, amor.- respondió con humor. -le temo al hecho de no estar frente al volante de esta cosa.-

-los trenes no tienen volante, cielo.-

-como sea.-

En ese momento la poderosa máquina se puso en marcha y sus cuerpos fueron levemente presionados contra el asiento. Chris se relajó un poco, y enseguida la voz femenina que había grabado el recorrido del tren anunció que partían, pero no dijo a donde iban; nadie excepto Chris pareció reparar en el error. Se repitió que no pasaba nada e intentó cerrar los ojos, después de todo, faltaban sólo dos estaciones para bajar, pero la última imagen que vio antes de que sus párpados cayeran, los devolvió como un resorte a su estado anterior, así pudo comprobar que el mapa esquemático instalado en las puertas del vagón no estaba funcionando, y eso no era para nada tranquilizante.

Después de cinco largos minutos en los que terribles imágenes de ciudades desiertas y enormes edificios vacíos ocuparon su mente, al fin, el tren se detuvo en la estación correspondiente, abriendo las puertas para que bajasen los pasajeros. La voz no informó nada esta vez, y tras esperar unos segundos, las puertas volvieron a cerrarse y el tren se puso de nuevo en movimiento. Cinco minutos más tarde, después de repetir el proceso, Chris bajaba aliviado del vagón.